

La mano de un poeta, la mano del amigo

Aquella noche celebrábamos con José Miguel Santiago Castelo la entrega del Premio Extremadura a la Creación. Era septiembre de 2009 y Cáceres regresaba con parsimonia a sus quehaceres cotidianos, tras un verano que no acababa de extinguirse. Terminados los momentos oficiales, el público asistente se expandió por los jardines de la “Casa Pedrilla”. También nosotros buscamos nuestro espacio. Y así fue cómo -sin premeditación alguna, quizá por la acción de un impulso natural- en un rinconcito cercano a la entrada nos situamos todos los Pérez y un grupo pequeño de amigos muy íntimos. Allí permanecemos largo tiempo. Ninguno de nosotros se movió de corrillo en corrillo como es habitual en las celebraciones. No era la ocasión. Aquella noche de septiembre, nos mantuvimos reunidos bajo el efecto de una sensación común que nadie dijo en alto. Era que allí, en la semi penumbra del jardín de la “Casa Pedrilla” sentíamos que aquel homenaje era algo nuestro, algo muy familiar; porque ese es el modo en que, al cabo de los años, nos hemos acostumbrado a recibir todo lo que José Miguel recibe. Por eso había alegría entre nosotros, porque -también al cabo- nos hemos acostumbrado a sentir con él un punto de alegría más allá del presente y sus ausencias. No en vano, en aquella velada de septiembre, alguien del grupo aseveró que Castelo tiene la cualidad de llenar el espacio con una sonrisa que espanta la tristeza.

Poco antes de terminar la celebración fuimos a saludar al señor Santiago, que así hemos aprendido a llamar al padre de Castelo. Él, sonriente, cariñoso, lúcido, nos fue besando uno por uno. Luego fue desgranando recuerdos del tiempo en que nuestro padre fue maestro en La Granja y entre ellos surgió ese tipo de amistad que permanece y se hereda. Meses atrás lo habíamos acompañado cuando llevó a su hija a ese espacio donde habitan los seres queridos que se fueron. También entonces nos habló de nuestro padre. Yo, en ambas ocasiones -aquel día triste de primavera y esta noche feliz de septiembre-, recordé a Lola, toda sonrisa de bondad. Recordé sobre todo una mañana en Guadalupe. José Miguel leía su discurso de investidura en la Real Academia de las Artes y de la Letras de

Extremadura. Era radiante la felicidad de Lola cuando abrazó a mis padres y los llevó a un lugar de preferencia. Esa era Lola Santiago, siempre generosa, poeta siempre; toda ella humanidad y cariño, toda ella Santiago y Castelo, las mismas señas de identidad que desborda su hermano.

Y es verdad, ya lo he dicho, la nuestra es una amistad que permanece y se hereda. La tengo en las retinas de la infancia. Es la imagen de un día luminoso, una calle muy larga, muy blanca, y una casa cerrada en Granja de Torrehermosa, la casa de Santiago Castelo. La familia ya se había trasladado a Madrid, pero aquella era su casa, o lo había sido cuando mi padre y el suyo se conocieron a finales de los cuarenta. Eran años difíciles aquellos en los que el padre de José Miguel recibía en su establecimiento a unos clientes que acudían para algo más que acicalarse. Porque la realidad era que el joven barbero Santiago se había constituido en anfitrión de unos encuentros regulares, celebrados en una especie de trastienda que había habilitado para el caso. En aquella tertulia granjeña se charlaba de libros, de exposiciones, de noticias literarias y artísticas llegadas de Madrid, asunto este último sobre el que estaba muy al tanto don Florentino de la Gala. El joven Florentinito -así lo llamaban los amigos- era un abogado singular que se carteaba con intelectuales y artistas de medio mundo y empleaba parte de la noche en mantener activa la editorial casera "Alas veloces, ediciones, meditaciones y hechos de nuestro tiempo". Se publicaba en ella *La cuidadosa ojeada*, una revista no menos ficticia que la editorial, cuyos números -dactilografiados por don Florentino en cuartillas de papel manila- se repartían entre los tertulianos. Así nos lo refería nuestro padre al enseñarnos algunas producciones de aquella editorial. También, con memoria envidiable, el señor Santiago lo evocó para nosotros aquella noche de septiembre.

Años después de mi infancia, nuestro padre volvió a llevarnos de excursión a la Granja. Fue con motivo del homenaje que dedicaban sus paisanos a Santiago Castelo, su periodista de ABC, su poeta premiado, el cantor de su suelo. Isabel Montejano, también de la casa de ABC, actuaba como maestra de ceremonias. Entre el cúmulo de amigos oradores estaba nuestro padre, a quien unos compañeros de

Castelo llamaron colaborador “de la casa” . Fue la primera vez que escuché esa expresión, más tarde -cuando nuestro padre comenzó a menudear sus colaboraciones para ABC- acabaría resultándome una expresión familiar. Creo que de aquel viaje nació una de las Postales de Andar Extremeño que escribía en el diario HOY. Aunque no estoy segura de si fue un fruto del viaje aquel o de otro viaje posterior, o tal vez de un trayecto que no abandonó nunca. En realidad las fechas poco importan, importa la memoria. La memoria, por ejemplo, de aquella jornada en que mi pueblo dio el nombre de “Pedro de Lorenzo” a su Biblioteca Municipal. Los actos principales se celebraron en el “Círculo de Cascorro” . Allí, don Pedro de Lorenzo cedió la palabra a su nieto adolescente, que se estrenó como orador. Después habló mi padre de libros y de bibliotecas. Castelo, en fin, habría de pronunciar un discurso que en Santa Marta se recuerda todavía. Él lo sabe. Mejor dicho, lo ha sabido mucho tiempo después, una noche de enero del año 2009. Había regresado a mi pueblo para presidir el jurado del “Premio de Ensayo Fernando Tomás Pérez González” , con el que Santa Marta honra a nuestro hermano. Y aquella noche de enero del año 2009 José Miguel quiso acercarse al solar de los amigos. Sin perder su punto de alegría que espanta las tristezas, lloró al entrar en nuestra casa.

Yo creo que la amistad entre José Miguel y Fernando ha corrido a sus anchas desde siempre. Diría que fueron amigos por su cuenta, aunque también presiento que al morir nuestro padre, Castelo abrazó en mi hermano mayor la hechura ética e intelectual de su progenitor, aquel amigo, Fernando Pérez Marqués, que se le había marchado. Quizá por eso, porque quería a mi padre, porque quería a mi hermano y los quería en el alma, fue capaz de descubrir un lazo de paisanaje entre ellos en el que nadie había caído. Porque es verdad, fue Castelo quien desveló que a Fernando lo habían concebido mis padres en Granja de Torrehermosa. Se lo dijo, me parece, en el viaje que hicieron juntos a Cuba. Viaje memorable que Fernando dejó reseñado en un cuaderno de hule. También José Miguel habría de recordarlo pocos años después. Demasiado pocos. Lo dejó escrito en *Quilombo*. Y he aquí lo que son los amigos. Hace muy pocos días recibí - querido Chema Corrales- una fotografía cuya existencia hasta ahora me era

desconocida. En ella, sobre la mesa camilla con paño de croché reposan unas gafas de pasta y unas cuartillas manuscritas con letra menuda, uniforme, un poco plana. El texto es un poema cuyo título reza: “Elegía para un hombre honesto. *Con Fernando Tomás Pérez González, en la Habana*”. Sobre el manuscrito, los dedos de una mano sujetan la pluma estilográfica. Es la mano vigorosa José Miguel Santiago Castelo, la mano de un poeta, la mano del amigo.